

Los contenidos de la unidad

Patricio Aylwin

PRESIDENTE DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO

Discurso pronunciado en el acto de homenaje ofrecido a Gabriel Valdés el 12 de diciembre de 1987 en el Círculo Español de Santiago.



Cuando se insulta o agrade a un demócrata cristiano, es toda la DC la que reacciona como una sola, señaló Aylwin.

Este es un acto extraordinario, porque no ha sido habitual en nuestro partido que se rinda homenaje a quien ha desempeñado la presidencia del mismo. Pero tampoco ha sido habitual que un hombre desempeñe cinco años consecutivos la dirección del partido; ni menos habitual ha sido, sino un caso único en nuestra historia, que un presidente del partido, por cumplir su deber de tal, haya estado dos veces preso durante su desempeño. ¡Gabriel Valdés merece el homenaje que le rendimos sus camaradas demócrata cristianos!

Todos sabemos, en la vida del partido, que desempeñar la presidencia

es un gran honor, pero es una carga no ligera. El peso de las tareas y la necesidad de dar satisfacción a todos hace que, generalmente, quien dirige un partido democrático tenga que cargar con más críticas e incomprensiones que satisfacciones y aplausos. Esto forma parte de la tarea. Es justo, por consiguiente, que quien lo ha hecho bien y ha cumplido su tarea, reciba, al retirarse, el aplauso unánime de sus camaradas.

En el desempeño de sus labores como presidente del partido, durante las cuales me tocó acompañarlo un tiempo como vicepresidente —y no quiero referirme a su brillante ac-

tuación como ministro de Relaciones Exteriores y en otras tareas políticas importantes—, Gabriel supo demostrar no sólo lealtad a sus convicciones doctrinarias, espíritu de lucha, constancia, perseverancia y una gran abnegación para entregar todo su tiempo, por lo que debemos rendirle un homenaje a Sylvia, su mujer, ya que las mujeres de los políticos son las que más sufren la entrega de sus maridos al servicio público. Demostró, además, una gran capacidad para buscar acuerdos. Gabriel fue el hombre de la búsqueda permanente de consensos internos y externos. Su-
po demostrar, además, otra cosa dig-

na de ejemplo y de ser celebrada: un gran optimismo, una fe indomable, una convicción que a algunos, a veces, nos parecía exagerada, en la certeza del triunfo y del triunfo pronto. Ese optimismo le dió fuerzas y coraje para no desfallecer jamás.

Partido solidario

La Democracia Cristiana es una gran familia. La verdad es que nosotros somos —y perdonémos los amigos que nos acompañan que hable un poco de nosotros mismos— algo más que un partido político. Se ha dicho que somos una especie de subcultura en este país. Nos sentimos miembros, sobre todo quienes partimos en los tiempos de la vieja Falange Nacional, de una comunidad muy solidaria, muy fraterna, muy profunda y humana.

Cualquiera que sean las diferencias que entre nosotros puedan existir, porque es propio de la condición humana que haya entre nosotros diferencias —aún en el matrimonio más unido hay diferencias; los miembros de un partido somos personas y como tales tenemos cada uno nuestra propia identidad—, hay entre nosotros una unidad fundamental. Nuestra comunidad de ideales, comunidad de principios, comunidad de lucha, comunidad de sacrificio, crea una hermandad más fuerte que la de la sangre. De ahí que lo que se hace a uno de nosotros se hace a todos. Cuando exilian a Bernardo Leighton, a Renán Fuentealba, a Jaime Castillo, a Andrés Zaldívar, a Claudio Huepe, todos reaccionamos heridos como un solo hombre. Cuando toman presos a nuestros dirigentes políticos o sindicales o estudiantiles, todos nosotros reaccionamos unidos. Cuando se insulta, se agrede, se atropella, se veja a cualquier demócrata cristiano, es a toda la Democracia Cristiana que se ofende y toda la Democracia Cristiana reacciona como una sola. Gabriel ha sido blanco preferido de las ofensas del régimen. Esa es razón bastante para que los demócrata cristianos le expresemos nuestra solidaridad.

Pero Gabriel Valdés también merece el homenaje de las personalidades que han tenido la gentileza de acompañarnos, porque, como aquí se ha dicho, junto a otros se ha jugado en la lucha por la democracia en Chile,

“La unidad (...) no se crea destruyendo cada partido, destruyendo la identidad de cada cual; se crea buscando realmente entendimientos racionales, buscando puntos de acuerdo, renunciando a las diferencias, a partir del reconocimiento de la existencia de esas diferencias y de la identidad de cada cual”.

se ha jugado por la defensa de la dignidad y la libertad de todos los chilenos, se ha jugado por el nombre de nuestro país y nuestro prestigio en el mundo, y él, junto a otros, fue labrando, con ese espíritu de concertación y acuerdo a que me referí, la búsqueda de entendimientos en los distintos ámbitos del acontecer nacional: la Alianza Democrática, el Acuerdo Nacional, las Bases de Sustentación de la Futura Democracia, la Asamblea de la Civilidad.

Todas ellas han sido creaciones de mayor concertación y unidad, de entendimiento entre los demócratas chilenos en nuestra lucha por la democracia, a las cuales Gabriel Valdés contribuyó de manera determinante. El país le debe por eso un reconocimiento honesto y leal.

Significados de la unidad

El tema de la unidad nos preocupa a todos. Permítanme que haga algunas reflexiones sobre el particular. Los demócrata cristianos, sin distinción, creemos en la unidad, la queremos y la buscamos. Bueno es clarificar qué entendemos por unidad.

Más que consignas, referentes, or-

gánicas unitarias que a veces son máscaras para ocultar diferencias, lo importante es la conjunción de inteligencias y voluntades en la tarea común de gestar una unidad real de entendimientos. La unidad es unidad de personas y las personas tenemos, cada cual, nuestra identidad. La unidad es unidad de partidos y corrientes políticas y no se crea destruyendo cada partido, destruyendo la identidad de cada cual; se crea buscando realmente entendimientos racionales, buscando puntos de acuerdo, renunciando a las diferencias, a partir del reconocimiento de la existencia de esas diferencias y de la identidad de cada cual.

La unidad no es uniformidad. La unidad no es anonadamiento. La unidad, como lo han dicho recientemente los Premios Nacionales de Ciencias, se funda en el respeto mutuo; y el respeto mutuo significa reconocer cada uno en el otro su propia identidad, su derecho a tener diferencias y, no por eso, descalificarlo ni vociferar en su contra, porque cuando esto se hace, se incurre en los mismos métodos de la dictadura, el método de la negación de la personalidad y de identidad de cada cual. La unidad es concertación entre iguales y es búsqueda leal de acuerdos sobre la base de la verdad.

Permítanme que me refiera a la extraordinaria y sorprendente preocupación que los medios oficialistas, por boca de sus personeros más destacados, desde el capitán general para abajo, están expresando por la unidad de la oposición. El señor ministro del Interior, con su asombrosa impavidez, dijo anteaer a los secretarios regionales ministeriales que los demócratas “sólo han podido ponerse de acuerdo en la voluntad de destruir al gobierno para adueñarse nuevamente del poder”. Y el capitán general nos dice, con una falta absoluta de sentido de autocrítica, que nosotros, los demócratas, estamos “enfermos de poder”.

¡Quién lo dice!: el que durante catorce años ha usufructuado el poder absoluto en este país, frente a quienes buscamos, precisamente, un régimen en el que el poder se devuelva al pueblo, en que todos los sectores de la vida nacional participen del ejercicio del poder, tanto gobierno como oposición, porque ésa es la esencia de la democracia.

Acuerdos básicos

Quisiera en esta tarde dar respuesta a esa asombrosa preocupación de los personeros oficialistas sobre la falta de unidad de los sectores democráticos. Quiero decirles que estamos de acuerdo, mucho más de lo que ellos creen y muchos imaginan.

Estamos de acuerdo, en primer término, en llamar a las cosas por su nombre. Llamai *democracia*, no a eso que ellos llaman "democracia protegida", que es un régimen de cesarismo presidencial sujeto a tutela militar, sino que al gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, fundado en el respeto de los derechos de la persona humana.

Estamos de acuerdo en llamar *libertad*, no a lo que ellos llaman una

"sociedad libre", que es la que le permite a los nombres de negocios libertad para ganar dinero, sino una sociedad fundada en el reconocimiento de la dignidad de toda persona, de la libertad de todo hombre y en el libre ejercicio de todas las libertades esenciales de la persona humana.

Estamos de acuerdo en llamar *justicia*, no a esta vergüenza de justicia nacional, que no es capaz de descubrir a los asesinos ni a los autores de los desaparecimientos ocurridos en catorce años, que cierra los ojos y tapa la vista ante los crímenes de que clama el pueblo, que no descubre la tortura ni nada de lo que al país le interesa y que, en cambio, agota sus esfuerzos, a través de ese escándalo que es la llamada justicia militar, en una mascarada en que el juez es a la vez

parte y no tiene ninguna de las cualidades de un verdadero juez.

Estamos de acuerdo en llamar *unidad nacional*, no a la que se funda en la lógica de la guerra que divide a los chilenos en amigos y enemigos; no en la siembra sistemática del odio, que mantiene a chilenos exiliados, perseguidos, torturados; no a la que promete arrasar ni excluir a una parte del país. Entendemos por unidad nacional la que se funda en la reconciliación real de todos los chilenos, en la búsqueda de un entendimiento, como hijos todos de una misma patria, que tenemos un pasado común, una historia de la que estamos orgullosos y que queremos rehacer nuestra democracia para construir un destino feliz para nuestros hijos y las futuras generaciones.

Los sectores democráticos están mucho más de acuerdo de lo que creen los personeros oficialistas, advirtió Aylwin.

